

LA POESIA Y LA RELIGION

Lo mucho que la incredulidad y la irreligión se hallan esparcidas hoy en día por sobre la tierra, es cosa sabida y reconocida desde hace tiempo; no falta quien al hacer referencia a ella, diga que es el signo de la vuelta de la humanidad al paganismo. Sin embargo no hay en esto exactitud: cuando dirigimos la mirada al antiguo mundo de los gentiles, hallamos que en medio de las tinieblas brillan muchos puntos luminosos. Allá en medio de ese caos de vicios y pecados, aparecen de cuando en cuando hombres que rinden homenaje a las verdades religiosas y morales. Son los poetas. Browning en alguna parte de sus obras habla de un coro de Eurípides como de un peligro «al cual no debe exponer su incredulidad» el sombrío excéptico. ¡Y qué multitud de nobles y elevados recuerdos se atropellan en la memoria a la sola mención de los antiguos poetas griegos! Ya es Sófocles que canta las leyes eternas, emanadas del cielo, o consuela al que sufre con la idea de un Dios que desde el cielo lo ve y lo gobierna todo; ya es Píndaro con sus amenazas de castigo al pecador, o con sus cantos de alabanza a Dios, a cuya orden brilla la luz en medio de la más densa oscuridad.

Así pues, los poetas son los testigos de la religión en el mundo pagano. De manera semejante, si volvemos la mirada a la luminosa época de la revelación, veremos a la poesía y a la religión estrechamente unidas. Parte considerable de las Sagradas Escrituras se hallan en forma poética, aunque de ello pasemos inadvertidos en las traducciones modernas. De todas maneras, la música fascinadora de aquel lenguaje divino y la opulencia de sus imágenes y parábolas, son pruebas vividas de un intenso nervio poético, hasta el punto de que muy poca, o mejor, ninguna falta hace la pre-

sencia del verso para reconocerlo. Y entre los escritores no inspirados, las muestras de poesía religiosa son innumerables. De los poetas que pueden mencionarse entre los Padres de la Iglesia, basta escoger a los dos más grandes, que son San Gregorio Nacianceno en el Oriente y San Ambrosio en el Occidente. La literatura Siríaca se ufana con contar entre sus poetas a los dos Padres de la Iglesia Católica, San Efrén y San Jacobo de Sarug.

En el Occidente, propiamente hablando, la poesía cristiana no llegó a su completo desarrollo sino mucho más tarde. Todo ideal tiene que arraigar muy hondo y muy seguro en la mente y en el corazón de las razas convertidas antes que pueda producir todo el fruto que de él se espera. Por eso en los primeros tiempos apenas se hallan los que podrían llamarse tenues delineamientos de una nueva poesía. Ya Federico Ozanam ha trazado su vida y desarrollo, desde que nació en las inscripciones de los mártires y comenzó a fluir como tímido arroyuelo en los cánticos de los primeros poetas franciscanos, hasta cuando, a la manera de un caudaloso río, desencadena toda la majestad de su potencia en los sublimes versos de Dante Alighieri.

La poesía inglesa fue también en gran parte enaltecida por la inspiración religiosa. Era natural, puesto que en aquellos tiempos de fe, el sentimiento religioso era el predominante en todas partes.

Podría aún añadirse mucho más, pero parécenos que los hechos aducidos son suficientes a probar el estrecho lazo que siempre ha unido a la religión con la poesía.

La poesía y la religión atañen ambas, así al corazón como a la cabeza, y el verdadero poeta debe poseer ciertas cualidades sentimentales que pueden faltar sin detrimento alguno en un hombre de ciencia. Este último

puede ser perfecto como se quiera en su ramo, y sin embargo merecedor del apóstrofe de Wordsworth:

«¿Eres naturalista?... ¡Tan sólo tienes ojos; filósofo! esclavo del experimento; hombre capaz de dise-car y arborizar hasta en la tumba de tu madre!» (1)

Tal hombre sería tan sordo a las instancias de la religión como insensible ante los encantos de la poesía.

Qué es pues la poesía? Aristóteles en el capítulo 9 de su Poética nos pone en guardia contra cualquiera definición superficial, porque advierte que la diferencia entre la poesía y la historia no está en que la primera se presente en forma métrica y la segunda no. Heró-doto en verso seguiría siendo simple historiador, y al contrario, las odas de Píndaro no dejarían de ser poesía si fueran puestas en prosa. Esto es verdad, pero si tal sucediera, ¿no nos parecería que la historia y la poesía se nos presentaban con extravagantes vestiduras? El verso no es la poesía misma, pero sí es la forma bajo la cual encuentra expresión adecuada la poesía verdadera. ¿Qué es pues la poesía? En prestando una frase propia del lenguaje escolástico, podemos decir que la poesía requiere un *cuero* informado por un *alma* o sea que en el poeta deben concurrir dos elementos: el bello ideal y el poder de expresar ese ideal en palabras llenas de vida. Sin lo primero, no es más que un simple versificador; sin lo segundo, es uno de aquellos poetas escondidos de que habla Wordsworth:

«Dotados con dones gloriosos, visión y divina, y faltos sin embargo de la gracia del verso.» (2)

(1) El original dice así:

«Physician art thou? one, all eyes;
Philosopher! a fingering slave;
One that would peep and botanize
Upon his mother's grave.»

(2) «Endowed with highest gifts,
The vision and the faculty divine,
Yet wanting the accomplishment of verse.»

En medio de estas doctrinas, se mantiene firme el sistema de la filosofía católica. El cual, así como sostiene la existencia del mundo visible a satisfacción de los materialistas, también investiga las alturas espirituales en pos de los libres sueños del idealismo. Mediante el conocimiento seguro y sencillo de la distinción entre lo real y lo ideal, ha logrado apoderarse de sus verdaderas relaciones y aprovecharlas en todo su valor.

No hay un grano de arena ni gota de agua en el poderoso mar que no tenga una misión y un significado, y que no llene cierto fin en orden a la belleza y a la armonía de este todo, donde las cosas están dispuestas sabiamente en medida, número y peso. ¿Y no es esto un poema, el poema grandioso del universo? ¿Qué tiene que ver la poesía con la religión?... Pregun-témonos más bien, qué tienen que ver los poetas y la poesía con el error y las necias divagaciones.

El poeta por excelencia es aquel que posee la especial perspicacia para sentir la belleza del mundo, y el poder suficiente para interpretar sus ocultos significados. Para el hombre de mente prosaica suenan en vano las músicas de la naturaleza. Wordsworth dice hablando de Peter Bell:

«Un botón de oro en la orilla de un riachuelo no era para él sino una flor amarilla y nada más.» (1)

En cambio del verdadero poeta dice:

«La más humilde flor puede darle imágenes que yacen más adentro que las lágrimas.» (2)

(1) «A primrose by a river's brim
A yellow primrose was to him,
And it was nothing more.»

(2) «The meanest flower that blows can give
Thoughts that do lie too deep for tears.»

¿En qué consiste el encanto del metro? San Agustín, que estudia el asunto con algún detenimiento en su obra sobre la música, dice que ese placer está en la percepción de la unidad o armonía y proporción de sus elementos. De esta manera puede decirse que un verso nos proporciona la definición de la belleza; subjetivamente, por el placer que nos hace sentir, y objetivamente, por la armonía y proporción que un cuidadoso análisis descubre en él.

Por esto no hay razón para extrañar el que los poetas se encuentren entre los primeros a quienes está encomendada la tarea de apoderarse de las verdades de la religión natural para hacerlas brillar ante los ojos de los hombres. Pero hay aún otra región de verdad espiritual, más allá de lo que pueden alcanzar las miradas más penetrantes de la tierra. La creación entera es un poema admirable en que la verdad sale a esplendor en medio de la belleza, y esta belleza del mundo visible sugiere al poeta la idea de la belleza y la verdad infinitas; y al mismo tiempo, los males y las imperfecciones de aquí abajo le dicen que la completa hermosura no puede ser hallada dentro de los límites de este mundo sino de otro más grandioso que ha de venir después.

SOR LEO XAVIER

Brooklyn, N. Y., marzo de 1917.

